

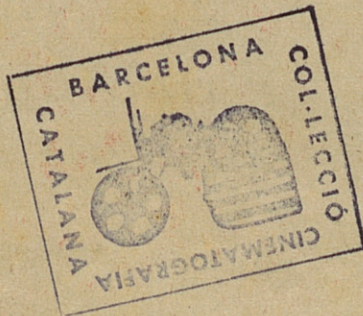
23

OBRA MAESTRA
DEL
CINE



La
Indomable
por
Gladys
Walton

25
cts



BLANCHE, Herkist

Año I — N.º 23
Barcelona,
6 Septiembre 1924
Redacción y
Administración:
Pelayo, 62
Teléfono 128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL
CINE
PUBLICATION SEMANAL

Suscripción:
España 3 pts. tri.
Extrj.º 17 » año
En combinación con la
revista EL CINE
España 250 pts. tri.
Extrj.º 15 » año
N.º ord.º 25 cts.
Extra.º 50 »

LA INDOMABLE

(THE UNTAMABLE, 1922)
Argumento de la emocionante película de este
título, marca «UNIVERSAL»

CONCESIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**
Valencia, 233.-Barcel na

PERSONAJES PRINCIPALES

Joy Fielding	} Gladys Walton
Edna	
Chester Arnold	Malcolm Mc Gregor
Ah Moy	Etta Lee

I

Era una mañana de junio. El sol doraba los campos, arrancando reflejos radiantes al agua de los arroyos y regatos, tal si les clavara en el seno moviente flechas de oro. Irradiaba el

paisaje de luminoso que era, piaban alegres los pájaros, la Naturaleza toda, con sus miles y miles de zumbidos y acentos, cantaba triunfalmente al día, tan hermoso.

Un espíritu alegre y aventurero—el de Chester Arnold, joven arquitecto—, se empapaba de la luz matinal, olvidado de todo recuerdo que pusiera la más leve sombra a su alegría. Guiaba su moto por el camino, lanzando la poderosa máquina a gran velocidad. Iba tan abstraído y gozoso que no se preocupaba de las curvas y cuestas que encontraba en su carrera, hasta el punto que al tomar una de aquellas, a causa de su distracción y de la velocidad a que iba, se inclinó la moto de tal forma que ya no pudo enderezarla, parando con él en tierra en un violento choque contra un árbol. Chester perdió la noción de las cosas: se había desmayado.

Cuando tornó a abrir los ojos, trastornado aún por el fuerte golpe recibido, vióse en un lecho y junto a él una hermosa doncella, que le recordaba los cuentos de hadas leídos en su niñez. ¿Y era una bellísima muchacha, en realidad, o sólo un sueño? Esperaba Chester que ella y la alcoba en que estaban desaparecieran como una visión; pero cuál no sería su sorpresa cuando oyó decir a la joven con una voz cantarina:

—No se preocupe, no está usted mal herido. Yo le recogí después de su accidente y le traje a mi casa. Mi nombre es Joy Fielding.

El herido repuso, con tono indeciso:

—Y el mío es... o era, Chester Arnold. Pero,

¿quiere decirme si todo esto que veo y oigo es real?

—Decididamente real. Quizá se sienta usted más vivo después de haber desayunado.

Diciendo esto Joy ayudó a levantarse a su huésped, al que ya había curado poniéndole dos tiras de tafetán, en forma de cruz, sobre la mejilla herida. El comentó:

—Esto es demasiado bueno para ser verdad, señorita Fielding. Yo aprecio su amabilidad inmensamente.

Mientras, Joy había tocado un timbre y acudido la doncella, una japonesa silenciosa, que se deslizaba como una sombra. Joy la presentó:

—Esta es Ah Moy. Hemos vivido juntas desde que éramos niñas y nos amamos como hermanas.

Luego ordenó a la doncella:

—Sirvenos el desayuno.

Salió la doncella a cumplir la orden y Chester exclamó:

—¿Cómo he de creer que no me he matado, si estoy ahora en el cielo hablando con un ángel?

—Si me conociera usted mejor—replicó Joy con aire misterioso—podría creer que estaba hablando con uno de los satélites de Satán.

Chester Arnold sonrió, exclamando:

—¡En todo caso, señorita Fielding, sería usted un diablillo delicioso!

Entró Ah Moy sirviendo el desayuno. Cuando lo puso sobre la mesa, preguntó llena de respeto y de mansedumbre:

—¿Hay algo que Ah Moy pueda hacer?

—Gracias, querida Ah Moy—repuso Joy—; puedes retirarte.

Mientras desayunan los dos jóvenes, conviene dar algunos antecedentes respecto a ella.

Joy Fielding era huérfana. Desde la muerte de sus padres, el doctor Copin había sido el administrador de su fortuna y también su médico. Este extraño personaje ejercía una influencia decisiva en la vida de la hermosa doncella hasta el punto de que, como se verá más adelante, era dueño absoluto de su voluntad.

Llegaba el desayuno a su final, salpicado con un diálogo galante, cuando entró el doctor Copin. Joy hizo la presentación, y el doctor se apartó un poco con ella, advirtiéndole:

—Tú has de estar libre de todo aquello que pueda excitarte, así es que cuanto más pronto se vaya el extraño, mejor. No te olvides de que tú también eres mi paciente.

Y sin añadir una palabra, ni esperar respuesta, salió del comedor.

Chester como si hubiera adivinado las palabras de Copin y sintiera un placer en contrariarlas, dijo a su salvadora:

—Si para usted es lo mismo, espero que nunca me pondré bueno.

Desde aquel momento, Chester y Joy habían resbalado insensiblemente hacia los dominios del amor. Pero un día...

II

Un día Chester se encontró con Joy al salir de su cuarto, saludándola con estas palabras:

—Buenos días, señorita Joy.

Al oírlo, se volvió ella. No era la gentil señorita de rostro encantador de la víspera, era una tarasca de ceño fruncido; bella, sí; pero de una belleza salvaje. Su gesto, su respuesta sobrecogieron a Chester. Le contestó con brutalidad:

—¡Mi nombre no es Joy... es Edna! Además, ¿qué hace usted aquí?

El arquitecto replicó, confuso:

—Ya me temía yo que ocurriera una desgracia. He visto un espejo roto.

Ella rugió:

—¡Ah!, es esa impía, Ah Moy. Siempre está rompiendo algo. Voy a tener que deshacerme de ella.

Y luego, encarándose con Chester que renqueaba aún a causa del accidente:

—Oye, lisiado, ¿cuál es tu nombre?

—Soy Chester Arnold, al que usted recogió hace unos días mal herido. ¿No recuerda?

El joven temía que la bella muchacha se hubiera vuelto loca. Ella exclamó:

—¡Ah! Usted es el individuo que tuvo el accidente. Ah Moy me lo ha contado.

A las voces había acudido la japonesa y el

doctor. La primera, tomando una actitud religiosa, murmuró:

—Buda misericordioso, presta tu ayuda para echar los demonios del cuerpo de la dulce ama de Ah Moy.

En cuanto a Joy o Edna, como ahora decía llamarse, explicó al doctor Copin, señalando a Chester:

—Este es el individuo que trató de echar abajo mi árbol con su cabeza.

Copin contestó:

—Arréglatelas para que se vaya inmediatamente, Edna.

La joven se encaró bruscamente con el arquitecto, increpándolo:

—¿Qué se ha creído usted que es esto? ¿Una casa de huéspedes gratis? ¡Váyase!

—Pero, señorita Fielding...—protestó débilmente Chester.

—¡Señorita demonios!—vociferó ella. Y luego a la estupefacta doncella:

—¡Ayúdale a empaquetar y que se marche pronto!

La iracunda muchacha y el misterioso doctor salieron de la estancia dejando solos al arquitecto y a la doncella. Aquél preguntó a ésta:

—Dime, Ah Moy, ¿qué le pasa a Joy esta mañana? ¡Está tan diferente de lo que es ella!

La japonesa repuso a media voz:

—Ah Moy no puede explicar nada, señor. Ella no tiene derecho de hablar, pero es mejor que usted se vaya.



Azotaba a su doncella con un látigo.

—El caso es que hoy estoy algo escaso de dinero. Supongo que podrías facilitarme alguno.

—Ah Moy hará lo que pueda, que no es mucho, en su obsequio, señor.

—Gracias, Ah Moy.—Y variando de tono:

—Parece que el doctor Copin se casará con ella más tarde o más temprano. Creo que también tiene sus manos puestas en el dinero de ella.

—Ah Moy no puede hablar, señor—volvió a repetir la doncella.

III

Veamos ahora en qué ocupaban sus horas el doctor Copin y su ayudante. Estaban en el laboratorio, Joy con ellos, y el doctor leía:

«En la mayor parte de los casos de doble personalidad, el paciente no tiene el menor recuerdo de lo que ha sucedido durante su estado alterno. El cambio de un estado a otro tiene lugar frecuentemente durante el sueño, y va acompañado generalmente de sacudidas violentas.

»En la mayor parte de los casos de doble personalidad, el efecto de la sugestión hipnótica es muy marcado. Cuando el estado secundario ocurre a intervalos irregulares, puede ser inducido por estímulo hipnótico. Siguiendo tratamiento continuo, cualquiera de las dos personalidades puede ser anulada.»

Ni que decir tiene que la pobre joven no se

enteraba de estas maquinaciones más que a medias, y que al cambiar de personalidad no recordaría nada.

El ayudante dijo al doctor:

—Como usted esperaba, las células nerviosas están sufriendo un cambio completo.

Al decir esto estudiaba el caso sobre el cuerpo de la enferma. Y, en efecto, la infeliz paciente, sometida a estas crueles experiencias, iba recobrando su verdadera personalidad, bajo el poder hipnótico del doctor Copin.

Al poco rato, se pasó la mano por los ojos, por la frente, y exclamó:

—Doctor, ¿qué es lo que a mí me sucede? Parece que tengo sueños terribles y, sin embargo, yo sé que estoy despierta.

—Los nervios, Joy—habló el doctor ladínamente—. Te los puedo tranquilizar en unos minutos.

En efecto, Joy acabó por tranquilizarse; pero el doctor quiso repetir una vez más la prueba y dijo:

—¿Cuándo nos vamos a deshacer de esa persona, Joy? ¡Me roba mis ropas y me deja las suyas!

Copin aludía a Chester. La joven replicó:

—¡No es posible que sea él! Es un muchacho honrado.

—Te aseguro que sí es él.

—Además, aunque lo fuera, que no lo creo, no soy capaz de arrojarlo de mi casa y menos de acusarlo como a un ladronzuelo. Joy Fielding no puede obrar así.

Sonrió el doctor y repuso:

—No importa, querida. Muy pronto desaparecerá la tímida Joy.

Y diciendo esto había clavado sus ojos diabólicos en los de ella, que sufrió unas convulsiones, tornando a ser la muchacha salvaje de antes. Entonces Copin le dijo:

—Todo está arreglado, Edna. Arréglate y llevaremos a cabo nuestros planes esta tarde.

Entretanto, Chestes Arnold, el arquitecto, había regresado a la ciudad y pasaba mucho tiempo soñando en Joy y tratando de comprender su extraña personalidad.

IV

Chester, que sospechaba del doctor Copin, culpándolo de la extraña conducta de Joy Fielding, trató de inquirir qué casta de individuo era el doctor, y para ello se dirigió por carta, en busca de informes, a la Asociación Médica del Estado. A los pocos días obtuvo la respuesta. Decía:

«Sr. Chester Arnold.

Avenida Rudfledge, 430

Muy señor mío:

Contestando a su carta del 23 del corriente, debo manifestarle que examinando nuestros informes, encontramos que el doctor Federico Copin fué despedido de esta Asociación Médica, en 1918, por dedicarse a prácticas ilegales.

Hemos tomado buena nota de sus indicacio-

nes y nos proponemos hacer una investigación inmediatamente.

De usted atento s. s.,

J. Henry Rice

Secretario de la Asociación Médica del Estado»

Dos fechas después de haber recibido esta carta que confirmaba plenamente sus sospechas respecto a la maldad del doctor Copin, recibió un telegrama concebido en estos términos:

«Le necesitamos mucho. Venga inmediatamente.

Ah Moy.»

Mientras tanto, como el doctor seguía haciendo sus diabólicas experiencias, la japonesa imploraba sin cesar:

—¡Oh, Dios del hombre blanco, echa el demonio del cuerpo de la dulce ama de Ah Moy!

Chester no perdió el tiempo y se puso inmediatamente en camino, dirigiéndose a la quinta de la señorita Fielding. Como no estaba muy distante de la ciudad, llegó pronto. La doncella salió a recibirlo, diciéndole:

—Ah Moy ha de contarte todo. La señorita Joy es víctima de una enfermedad mágica. Hoy echó a Ah Moy y trató de matarla.

No mentía la japonesa. Joy, convertida en la irascible Edna, la había golpeado brutalmente con un látigo, rompiéndole su violín—pues en esta transformación se creía una virtuosa del violín—en la cabeza.

Chester inquirió:

—¿Dónde está ahora tu señorita?

—El doctor Copin le está poniendo diablos en el cuerpo. Hoy se la llevó y Ah Moy tiene miedo—explicó la japonesa.

El arquitecto exclamó, ya seguro:

—¡Doble personalidad! Esto lo explica todo. Ven, Ah Moy, juntos encontraremos un medio de librar a la señorita Joy de Edna y del doctor Copin. Tú y yo la amamos.

Y terminó:

—Pero no lo olvides: de este propósito, ni una palabra a nadie.

Ah Moy lo prometió así y aguardaron a que Joy regresara.

V

Cuando Joy Fielding, convertida aún en Edna, volvió a su casa, Chester, presentándose ante ella, la dijo:

—Deseo hablar con usted, señorita Fielding.

—¿Conmigo?

—Sí. ¿Me permite usted que le pregunte qué es lo que sabe del doctor Federico Copin?

Ella vociferó, al tiempo que le arrojaba un cordón al cuello, como si cazara a una fiera:

—¡Ahora comprendo su extraña visita! ¡Usted es un espía! ¡Usted está tratando de averiguar nuestro secreto!

El arquitecto sabía que era inútil hablar serenamente con ella y menos convencerla de que se engañaba, estando bajo la influencia hipnó-



A veces, Joy, se creía una virtuosa del violín.

tica que la convertía en una mujer distinta, y sólo se preocupó de escapar al lazo que le había arrojado al cuello y que amenaza ahorcarlo. Consiguió verse libre, tras no pocos esfuerzos, aguantando las injurias que lanzaba sobre él la enferma y hasta sus golpes. Joy quedó extenuada y a poco tuvieron que acostarla vestida, sobre una butaca.

El sueño, gran reparador, neutralizaba algunas veces los malos efectos del trabajo del doctor Copin, después de muchas horas. Esta fué una de esas veces, por fortuna. Así es que cuando la joven volvió a abrir los ojos, había recobrado su verdadera personalidad, volviendo a ser la encantadora y dulce joven que el arquitecto conoció el primer día.

Joy, al verlo, le tendió la manos, diciéndole:

—¡Ay, Chester! Me alegro muchísimo de que hayas venido. ¿Comprendes tú lo que me pasa?

Le daba este trato familiar, porque Chester, en una de las ocasiones en que la joven estaba en su ser, la había declarado su pasión, con gran gozo por parte de ella. El arquitecto, mientras acariciaba largamente aquellas manos, blancas, suaves y olorosas como lirios, respondió:

—Sí, querida, y estoy seguro de que puedo ayudarte.

—Habla, te lo suplico—pidió ella.

—Estoy seguro, vida mía, de que el doctor Copin está usando influencia hipnótica para acabar de anular tu voluntad y desarrollar el desafortunado cambio en tu personalidad, que

te convierte en una mujer indomable, en un ser cruel y salvaje. ¡A tí, tan bondadosa y tan dulce!

La joven dudaba, y replicó:

—¡Eso no puede ser verdad! El doctor Copin era un amigo de mi padre, que confiaba en él implícitamente. Ten cuidado con lo que dices de él, Chester. Podrías ser injusto.

—Siento que tengas esa fe ciega en un sujeto de la calaña del doctor, querida; pero estoy seguro de lo que digo. Ah Moy le ha visto hipnotizándote.

—¡Oh! Aún me resisto a creer en tanta maldad!—gimió la joven.

Chester la propuso:

—Se me ocurre una ida, Joy. Manda venir al doctor inmediatamente y pretende que eres Edna. Entonces sabrás la verdad.

—Sí, sí; quiero salir de dudas; es preciso que yo descubra la verdad—contestó la joven.

Llamó a su doncella, ordenándole:

—Dile al doctor que necesito verle enseguida.

Ah Moy se deslizó entrando en el laboratorio para cumplimentar la orden que le habían dado.

El doctor cayó en la trampa, presentándose en el saloncito donde lo esperaba Joy, que al verlo entrar, tomó una actitud violenta, preguntándole:

—Doctor, ¿cuándo vamos a deshacernos de esta persona Joy?

Sonrió Copin, replicando:

—Paciencia, querida, muy pronto habrá desaparecido.

La joven, desempeñando ahora su papel a maravilla, gritó furiosa:

—¡La odio!... ¡La odio!... ¡Quisiera matarla!

Federico Copin supuso que la desdichada joven estaba a punto de perder para siempre su verdadero ser y quedar convertida en aquella salvaje Edna que golpeaba con el látigo a la servidumbre, que insultaba a cuantos la rodeaban y que, en definitiva, no se mostraba sumisa más que ante su verdugo. Y como esto suponía el triunfo total de sus malvadas experiencias, sonrió ferozmente.

Chester, oculto en la habitación inmediata, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no arrojarle sobre aquel canalla y destrozarlo entre sus manos. Pero esto habría sido malograr sus planes, y se contuvo.

El ayudante entró precipitadamente, diciéndole al doctor en voz baja:

—Tendremos que marcharnos inmediatamente. La Asociación Médica nos está investigando.

—¡Maldición!—murmuró Copin.

—¿Qué ocurre?—preguntó Joy disimulando.—¡Alguna mala pasada de esa odiada Joy, que tanto me enfurece!

—Nada, no ocurre nada. Una llamada importante, un caso de urgencia que me obliga a salir enseguida. Dispénsame, querida—repuso el doctor.

Y sin esperar más, salió precipitadamente, seguido del ayudante.

VI

Durante todo aquel día, el doctor Copin y su ayudante y cómplice, habían desaparecido de la quinta, sin que nadie supiera adonde pudieran haberse dirigido, aunque no ignoraban Joy y Chester que aquella ausencia repetina tenía todos los caracteres de una huida, pues, en efecto, un miembro de la Asociación Médica del Estado investigó el laboratorio del doctor Copin, sin hallar ningún indicio que lo acusara.

A la mañana siguiente, después de tomar el desayuno el arquitecto y la gentil muchacha, aquél la propuso:

—La única manrea de que yo pueda protegerte de un modo decisivo, es haciéndote mi esposa. ¿Te casarías conmigo inmediatamente, Joy? Entonces podríamos luchar juntos y además de arrancarte de la maléfica influencia que ejerce sobre tí ese condenado doctor Copin, conseguiríamos su pronto castigo.

—¿Casarme contigo?—interrogó la joven.—No, Chester, no sería tratarte con justicia.

—¡Yo te amo, Joy!

—Y yo a tí, Chester. Pero, ¿cómo casarnos? ¿No comprendes que yo, de vez en cuando, me convierto en Edna y te acarreraría infinitos disgustos? ¡Soy indigna de un hombre tan caballeroso como tú!

Al decir esto, las mejillas de la joven estaban empapadas de lágrimas como una rosa de rocío.

Chester la cogió amorosamente las manos y dándole un beso en la frente como para ahuyentar con él los malos pensamientos, los tristes pensamientos que danzaban locamente en el cerebro de Joy, la dijo:

—Tu amor, tu felicidad, merecen ese riesgo, mi adorada Joy. Ya verás como pronto haremos sucumbir a esa Edna, a la que el malvado doctor Copin ha dotado de un alma tan negra como la suya.

—¡No sabes cuánto te agradezco este sacrificio, Chester!—exclamó la joven reclinando la cabeza sobre el pecho de él.

—Para el amor verdadero no existen sacrificios ni peligros: todo son premios y venturas. Aquí cerca hay un pastor, Joy. Salgamos ahora mismo a que nos una para siempre. ¡Es nuestra salvación!

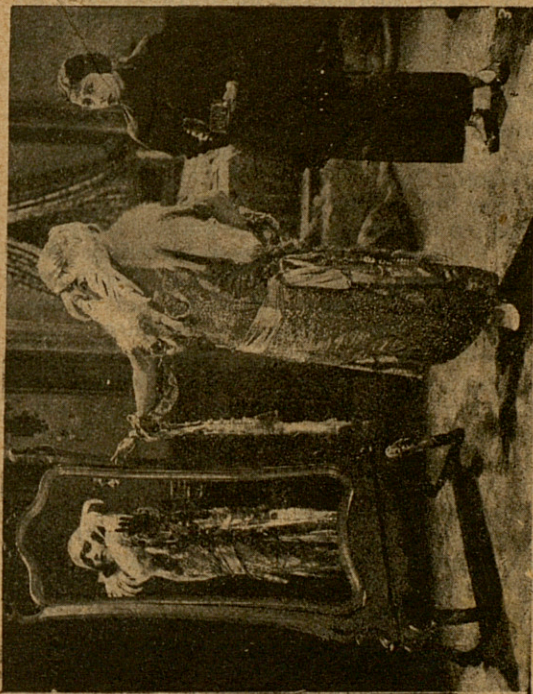
—Sea como pides y desea ardientemente mi corazón—replicó ella conmovida.

Inmediatamente se dirigieron en auto a casa del pastor, distante unos cinco kilómetros de la quinta de Joy Feilding.

Efectuado el enlace, regresaron a la quinta. Mientras, el doctor había trazado su plan para librarse de los efectos de la denuncia que seguramente presentaría contra él la Asociación Médica del Estado y comunicó a su ayudante:

—Voy a recoger a Joy y luego pasaremos con ella la frontera. Cubre nuestras huellas y sígueme.

Cuando el diabólico doctor Copin volvió a entrar en la quinta, Joy tuvo suficiente energía para ordenarle:



Joy se arregló como le había ordenado el doctor Copin.

—Doctor Copin, usted ha de dejar esta casa inmediatamente para no volver a ella nunca más. Su poder sobre mí se ha desvanecido.

El doctor lanzó una carcajada sarcástica, replicando:

—Quizá tú lo ignores, pero eres mi esposa y harás lo que yo te mande.

Chester y Joy se miraron asombrados del cinismo de aquel hombre. Sin embargo, no mentía el doctor Copin. Cuando el día anterior hizo vestirse a Joy, convertida en Edna, hablándole de salir para llevar a cabo sus planes, fué para casarse con ella, codicioso de su fortuna y porque la muchacha era un buen campo para sus experimentos hipnóticos. Pero no era menos cierto que al quedar Edna convertida en Joy, no recordaba ni remotamente que aquel extraño casamiento se hubiera efectuado.

Pero aun siendo cierto lo que el doctor Copin afirmaba, aquel casamiento no podía ser legal de ningún modo, pues uno de los contrayentes estaba en un estado de inconsciencia que lo hacía irresponsable de sus actos. Además, el malvado doctor se había casado, en último término, con una extraña criatura llamada Edna; pero no con esta deliciosa joven que se llamaba Joy Fielding. Estas reflexiones las hizo Chester en un momento e iba a replicar al doctor, cuando la voz de éste confirmó todo cuanto lo que el arquitecto había pensado.

—¡Edna! ¡Edna!—la llamó Copin.

—¡Justo!—exclamó Chester—. ¡Es Edna sobre la que usted tiene atribuciones de esposo, pero no sobre Joy Fielding! Ahora soy yo quien

ordena; Doctor, Federico Copin, salga usted enseguida de esta casa, si no quiere que yo le arroje violentamente de ella.

Avanzó dos pasos hacia él, dispuesto a cumplir su promesa, si el doctor se negaba a salir. Copin retrocedió y quiso saber:

—¿Qué derecho tiene usted para mandarme que me vaya? ¡Usted es aquí el único intruso; no yo!

—Joy y yo nos hemos casado hoy. Considero que es usted una amenaza para mi esposa, por el influjo que ha ejercido sobre ella, y lo arrojo de esta casa usando de un legítimo derecho. ¡Márchese usted, repito!

El docto replicó con sorna:

—Mi querido señor Arnold, usted ha llegado un poco tarde. Yo me casé ayer con la señora.

—¡Miente!—protestó Joy.

—He aquí la licencia matrimonial—repuso Copin, que cometió la imprudencia de enseñarla.

Joy se desmayó, cayendo en los brazos de Ah Moy, mientras Chester arrebató aquel documento de manos del doctor, pudiendo confirmar que en él no aparecía para nada el nombre de Joy Fielding. Sin embargo, lo rasgó con rabia en mil trozos, arrojándolos a la cara del malvado.

Este, desde que entró, había clavado sus ojos en los de Joy, que no pudo esquivar aquellas pupilas poderosas, y al desmayarse comenzaba en ella la transformación; así es que al abrir los ojos, vuelta de su desvanecimiento, gritó con voz débil:

—¡Mátalo, doctor, mátalo! ¡Acaba también para siempre con Joy!

Pero el doctor ya no podía oírla, porque Chester le obligó a salir por la fuerza, advirtiéndole que de volver por allí, acabaría con él a tiros o lo entregaría a la justicia, descubriendo sus criminales propósitos y prácticas científicas.

El arquitecto volvió al lado de su esposa, a la que atendía la fiel Ah Moy, procurando calmar su excitación. Poco a poco, lograron que el sueño se apoderase de ella.

Cinco horas después, Joy abrió los ojos; paseó su mirada vagamente por la estancia; se golpeó las mejillas para convencerse de que estaba despierta, y viendo, por fin, a Chester, suspiró con voz dulcísima:

—¡Ay, Chester! Me alegro de encontrarte a mi lado. He tenido un terrible sueño. Figúrate que volvía a ser Edna, Edna la indomable, la salvaje, la que maltrataba con un látigo a la buena Ah Moy y te insultaba a tí, que eres mi amor. ¡Ha sido un sueño atroz! Porque no era esto sólo, sino algo que ahora me estremece de horror. Imagínate, querido mío, que soñaba que era la esposa de ese maldito doctor Copin y que me obligaba a odiarte y a desear tu muerte. ¡Horrible!... ¡Horrible!...—terminó gimiendo la infeliz.

Chester se bebió sus lágrimas, la besó con ardor, le alisó los cabellos, y la dijo:

—No, amada mía, no ha sido un sueño. Por un momento has vuelto a ser Edna, pidiendo al doctor Copin que me matara, que te matara,

a tí misma, a la buena y dulce Joy; pero Edna se ha ido para siempre; nada temas ya de esa extraña criatura que encarnaba en tí.

—Y... ¿el doctor Copin?—interrogó, angustiada aún la joven.

—También se ha ido para siempre. Ahora sólo quedamos los felices esposos Arnold y nuestra fiel sirvienta Ah Moy.

La japonesa, mientras Chester y Joy se unían en un abrazo, elevó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Dios del hombre blanco! Gracias, porque has arrojado al demonio del cuerpo de la dulce ama de Ah Moy.

Y la pobre, lloraba de alegría, deslizándose como una sombra por la estancia para no interrumpir el idilio de los jóvenes esposos.

EPÍLOGO

Trancurrieron unos días. Aun no se habían disipado por completo los temores de Joy, que creía posible la vuelta del doctor Copin, para dar al traste con su felicidad. No ocultó a Chester su presentimiento, para que él viviera alerta, no embriagándose demasiado con su dicha. Que Chester supiera las ideas que revoloteaban en su cerebro con los últimos aletazos de sus anteriores infortunios, era un alivio para ella, que buscaba en su esposo el valor moral que ella no había recobrado aún por completo.

Chester, más optimista, se reía de estos temores. Sin embargo, a Joy no la engañaba su corazón, que parecía sentir sobre él los pasos

del doctor Copin, según se acercaba sigilosamente a la quinta con el propósito de hallar sola a la joven, convertirla de nuevo en Edna y llevársela consigo.

Digamos lo ocurrido desde que el doctor fué arrojado violentamente de la quinta por Chester.

Copin marchó decidido a pasar la frontera, temiendo que el arquitecto formulara contra él una denuncia concreta, que pusiera en movimiento a la policía. Pero al encontrarse de nuevo con su ayudante, éste le recordó:

—¿Trae usted para mí los diez mil pesos que me ofreció por mi silencio, una vez que se casara usted con la señorita Fielding?

—Mi fortuna no llega ni a la mitad de esa cifra. Tú sabes que no soy rico—replicó Copin abatido.

El ayudante insistió:

—Pero su esposa sí lo es.

—¿Mi esposa? No hay tal esposa.

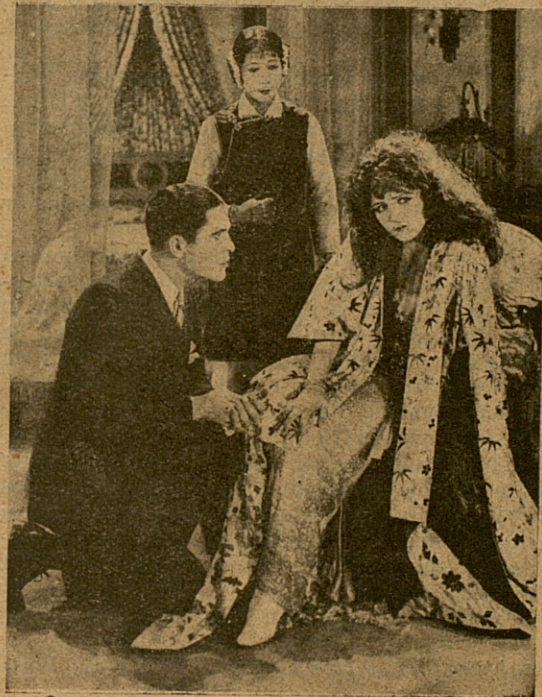
—¿Querrá usted negarme ahora que no se casaron?

—No lo niego; pero con quien yo me casé no fué con Joy, sino con Edna. Con Joy Feilding se ha casado Chester Arnold—aclaró el doctor.

—Aunque así sea. Usted puede hacer que la muchacha se convierta una vez más en Edna y huir con ella y con su dinero, como era el plan acordado al regresar usted a la quinta.

—¿Qué quieres decir?—preguntó con temor Copin.

—Quiero decir que es absolutamente necesario que usted vuelva a la quinta, hipnotice a



—¡Ay, Chester, me alegro que estés aquí. He tenido un terrible sueño.

la muchacha y se la traiga. Así podrá pagarme los diez mil pesos convenidos. Caso contrario, seré yo mismo quien lo denuncie a la policía.

El doctor, en vista de estas amenazas, volvió sobre sus pasos, seguido por su ayudante.

La policía le iba a la caza, pues la Asociación Médica del Estado había dado parte de sus fechorías.

Esto lo ignoraba, como es natural, el doctor Copin, aunque lo temía.

El y su ayudante procuraron que se hiciera de noche antes de llegar a la quinta, proyectando que entrarían a ella sigilosamente, para lo cual disponían de una llave de la que no se había desprendido el doctor, y escondidos en el laboratorio aguardarían al siguiente día un momento propicio para coger a solas a Joy y transformarla en Edna.

Pero cuando, ya de noche, intentaban abrir la puerta de la quinta, fueron sorprendidos por la policía que se apoderó de los malvados.

Y al nacer el nuevo día, es cuando en un periódico quedaron confirmadas las sospechas de Joy.

Mientras desayunaban leyó Chester:

«Captura del doctor Copin y de su ayudante

»Anoche, al intentar penetrar en la quinta de los señores Arnold, fueron capturados por la policía, el doctor Federico Copin y su ayudante.

»El diabólico doctor había ejercido una po-

derosa influencia sobre la voluntad de la distinguida señora Arnold, antes de casarse ésta con el notable y joven arquitecto Chester Arnold.

»Copin, que era su administrador y médico, hacía experiencias de hipnotismo con la entonces señorita Joy Feilding, logrando darle una doble personalidad que la convertía en una extraña criatura que llamaba Edna, criatura arisca, indomable, de instintos salvajes que maltrataba con un látigo a una japonesa llamada Ah Moy que la servía de doncella, hasta hacer brotar la sangre de sus carnes; que rompía con furia cuanto hallaba a mano y que, en cierta ocasión, intentó ahorcar, con un cordón de una de sus batas, al que hoy es su esposo, el señor Chester Arnold.

Los planes del malvado médico eran apoderarse de la fortuna de Joy Feilding y con este criminal propósito, la última vez que la transformó en la despreciable Edna, se casó con ella bajo este nombre.

»Afortunadamente, Chester Arnold logró arrancar a la joven de esta influencia, convirtiéndola definitivamente en la bondadosa y bella Joy Feilding, que hoy es su encantadora esposa.»

—Va te decía yo, Chester, que temía aún al doctor Copin—dijo Joy.

—¿Y ahora?—preguntó aquél.

—Ahora no; ahora gozaré en calma de nuestro santo amor.

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Para dar mayor garantía a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el premio de OBRAS MAESTRAS DEL CINE al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluye una hermosa postal al hueco-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

Han obtenido premio los siguientes lectores:

En mayo, la señorita Matilde L. Davant, calle Telefónica Gallego, 18, Albacete.

En junio, don Leonardo Santacana, de Igualada.

En julio, don Angel Lescarbourea, de Chinchilla.

En agosto, don Joaquín Lillo, calle de los Angeles, 4, Barcelona.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray);

9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10.º *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11.º *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12.º *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13.º *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14.º *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15.º *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16.º *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17.º *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18.º *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19.º *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20.º *El padre Juanico*—Mossen Janot—, (postal de Alice Terry); 21.º *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22.º *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23.º *La Indomable* (postal de Norman Kerri).



PUBLICACIONES DE "EL CINE"

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explica los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

La dama de las camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotograbados, 50 céntimos.

Argumentos de películas

El lirio púrpura. — Prueba trágica. — Marcela.
El circo de la muerte. — El bucle de oro. (Agotados).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agresión de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con cubiertas a todo color e interesantes fotografías, biografías, anécdotas y aventuras galantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Para ser bella

Utilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, manicura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio : 2 pesetas.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio : 1'50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio : 30 cénts.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine* :

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azukena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio : 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio : 1 peseta tomo.

Música

35 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años : 30 pesetas.

44 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 670 composiciones musicales muy populares : 30 pesetas.

Cuentos de vida y amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Dfiez de Tejada. — Precio : 3'50 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio : 2 pesetas.

EN PRENSA

Cantares

Tomo III. — 500 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y saetas).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el «studio», el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine ; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Lea usted la revista popular ilustrada

EL CINE

y podrá obtener un estupendo retrato gratis.
20 cts. ejemplar. - Suscripción: 2'50 pts. trimes.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su número próximo, que aparecerá el día 13 del actual, publicará

MARY ROSA

según el argumento del mismo título, marca Eichberg-Film, interpretada por la famosa y bellísima estrella alemana Lee Parry.

MARY ROSA

es una delicada novela sentimental donde palpita la emoción dramática y la ternura maternal en una amalgama asaz interesante.

Postal de Laura La Plante.

¡COLECCIONISTAS!

Pueden adquirirse todos los números publicados por OBRAS MAESTRAS DEL CINE sin aumento de precio :

En Madrid : D. Manuel Fernández, kiosco del Paseo de Recoletos, frente al núm. 14.

En Valencia : D. Vicente Pastor, calle Nave, núm. 15.

En Zaragoza : D. Manuel Muñoz, calle Sitios, núm. 11.

En Buenos Aires (América del Sur) : D. Antonio Almadén, calle Belgrano, núm. 1295, Casilla núm. 1338.

Imp. GARROFÉ; Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Telef. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14.